

Adentro: crónica de una estadía actuada de tres noches y dos días en un neuropsiquiátrico público

Mi vida no tiene sentido y once pisos abajo está la solución. El balcón de este departamento es tentador para gente como yo. Le fallé a mi novia, a mis amigos, a mi familia y a mí mismo. Pero hasta acá llegó todo.

Tengo un pie sobre el balcón y dudo. Se me caen unas lágrimas -las últimas. Tengo un nudo en la garganta desde hace mucho tiempo, pero no me preocupa. Esta será la última vez que lo sienta. Tomo impulso. Chau.

Pero alguien me agarra muy fuerte del brazo y del cuello, y no me deja cumplir con mi objetivo. Casi me asfixia, casi. Yo no me resisto. Ahora me tira hacia atrás y me pregunta que qué estoy haciendo, que si estoy loco. Me insulta mucho y llora. Yo también rompo en llanto.

La historia que acabo de contar nunca ocurrió. Sin embargo, es lo que estoy a punto de contarle a la médica de guardia del Hospital Neuropsiquiátrico Provincial de Córdoba para internarme allí.

En “el neuro”, como le dicen sus amigos, funciona un internado de estadía breve, hasta 45 días, para personas con padecimientos mentales. El edificio es una de esas grandes y viejas construcciones que se viene abajo de a poco. Tiene paredes agrietadas y descascaradas por la humedad. Los pisos gastados y ondulados permiten la formación de grandes charcos cuando llueve. El ocre, el verde y el blanco devenido en amarillo bañan todos los rincones del hospital. Las rejas y los candados son, más que un elemento de seguridad, una cuestión estética: todas las puertas y ventanas, incluso las de los baños, tienen barrotes.

DÍA UNO

3.00 AM

Al llegar al neuro con Federico, quien firmará el consentimiento de mi internación, nos atiende un policía. Antes de entrar le indicamos que venimos para la guardia médica y nos hace pasar de a uno, mientras nos requisa con los ojos para ver si traemos oscuras intenciones.

Permanecemos sentados menos de cinco minutos en una sala muy grande, inundada de silencio. El policía, que se había ido a buscar a la médica de guardia, vuelve y nos avisa que la doctora ya está disponible.

Pasamos al consultorio. Detrás de un pequeño escritorio viejo que tiene un agujero del tamaño de un melón nos saludan una joven siquiatria y una enfermera un tanto menor. Yo me acomodo en

una silla frente al escritorio y me quedo callado. Casi no levanto la vista y encorvo mi cuerpo. Federico se sienta a mi lado.

-¿Qué pasa? –dice la encargada de la guardia.

-Está mal porque lo dejó la novia y hoy lo agarré cuando estaba por saltar por el balcón de mi departamento –miente mi cómplice.

¿Cómo se llama? –pregunta la doctora, ahora mirándome a mí.

-Marce...

-Déjelo a él, por favor –interrumpe la siquiatria a Federico- ¿Marcelo? ¿Qué pasa?

Permito un silencio para agregar suspenso. Lo único que se escucha es el zumbido del tubo fluorescente de la luz y la lapicera de la enfermera que escribe sobre un papel. La médica espera una respuesta. Levanto la mirada hacia sus ojos y le digo con voz entrecortada: “No quiero vivir más”.

Para diagnosticar las distintas enfermedades la mayoría de los médicos se basa en el CIE-10 (Clasificación Internacional de Enfermedades - Décima versión). Allí se muestra el nombre de todas las patologías conocidas y sus síntomas. Según esta clasificación, lo que padezco es un “trastorno depresivo mayor, episodio único”.

La siquiatria me pregunta si escucho voces, si me drogo, si como y duermo bien, si intenté suicidarme en otro momento y, una vez más, si escucho voces. Las respuestas que debía dar las encontré en un video de YouTube llamado “La depresión” y en Wikipedia.

A partir de mis contestaciones la doctora toma la decisión de internarme, porque represento un peligro para mí mismo.

Me despido de Federico y las encargadas de la guardia me piden que las acompañe. Salimos del consultorio y nos dirigimos hacia el lado opuesto a la entrada, a una pequeña puerta de rejas negras sin picaporte. La doctora saca una manija de su bolsillo y la abre. La última en pasar es la enfermera. El “clac” que hace esa reja al cerrarse no se parece en nada al ruido que hacen los portones eléctricos mal aceitados en las películas norteamericanas. Tampoco tiene la apariencia de marcar un antes y un después en la vida de alguien o un límite entre la libertad y el encierro. Parece un simple “clac”.

El internado tiene un pabellón de hombres, otro de mujeres, un patio gigante con pasto y un quincho con un irónico asador casi sin uso. Las paredes están llenas de filosofía, política, sentimientos y arte. Hay disponibles alrededor de 50 camas distribuidas, generalmente, en dormitorios de a dos. Pero la disponibilidad se amplía cuando la población sobrepasa la infraestructura disponible. En los pasillos muchas veces se pueden observar a varios pacientes

durmiendo sobre colchones. Los picaportes de las puertas del internado, al igual que en el ingreso, casi no existen.

La doctora me pide que espere en un pasillo, frente a una puerta. En ese momento escucho un grito. Me asomo por la puerta que dice “ENFERMERÍA” y veo que un cajón se mueve. “¿Qué hay ahí?”, pregunta una mujer con chaquetilla celeste que se dispone a abrirlo. Cuando lo hace, vemos salir con sorpresa a un gato que se acaba de despertar.

Pasa un instante y aparece una enfermera con una jeringa descartable en la mano. No la sacó del envoltorio en frente mío, pero confío en que antes no la usó el gato. Luego, abre la palma de su mano y me muestra media pastilla del tamaño de una lenteja para que tome.

La droga que ingerí se llama Risperidona. Este fármaco es un antipsicótico utilizado para tratar la esquizofrenia y la depresión. Y la inyección que me proporcionaron tenía Lorazepam. Esta solución tiene un efecto ansiolítico, amnésico, sedante, hipnótico, anticonvulsivo y relajante muscular.

Luego de drogarme, la enfermera me condujo a mi cuarto, esperó a que me acostara y me tapó con una frazada. El dormitorio que me tocó no desentona con la estética del hospital. Tiene una gran ventana -enrejada, por supuesto-, dos camas con colchones de gomaespuma amarillenta sin almohadas, una mesita de luz y un armario de madera. Por mi nuevo dormitorio pasó alguna vez un tal Leo y dejó escrito con ténpera azul en las paredes tres mensajes de amor para la mujer de su vida: “Eli te amo”, “Eli y Leo” y “Eli, te amaré x100pre”.

Cierro los ojos por cansancio o por los efectos de la inyección.

8.30 PM

“¡Lucero, la medicación!”, me gritan.

No entiendo qué pasa. Tengo muchísimo sueño. Veo borroso. Siento baba seca cerca de los labios y mucha sed. Me duele el glúteo izquierdo.

“¡Lucero, la medicación!”.

Otra vez esa voz salida de una garganta fumadora, esta vez más cerca, quizá al lado de la cama. Me levanto por reflejo y una vieja me mira y empieza a caminar. Yo la sigo, no sé por qué.

La señora que me despertó llega hasta la puerta de la enfermería y se mete dentro. Luego sale y me da en la mano la misma media pastilla que tomé como bienvenida. Nadie controla que no la esconda debajo de la lengua. Otra vez se equivoca el cine. Al preguntar la hora me doy cuenta de que dormí 17 horas y aún tengo sueño. Pero me dicen que falta poco para la cena y me quedo esperando.

Mientras la vida pasa, el tiempo en el internado está en pausa y sólo cambia en el paisaje la luz del sol y de la luna que se hacen lugar entre los barrotes. Lo único que hace avanzar la película es algún partido de fútbol o truco, unos mates, algún taller artístico o las comidas. En esos instantes

los internos dejan de ser sus enfermedades -el esquizofrénico, el depresivo, el sicótico- y vuelven a ser personas, dueñas de sus momentos.

Luego de tomar mi pastillita me dirijo al patio. En un rincón hay varias personas. No sé si están locas. Tampoco sé qué es la locura. Le pregunto a alguien que no se llama Matías por qué están allí y me dice que esperan la cena.

A Matías le diagnosticaron esquizofrenia. Se interna cada tanto, cuando tiene crisis agudas. Me contó que escucha voces que a veces le dicen “cosas malas y otras veces cosas buenas”.

De repente escuché un ruido latoso. Viene desde atrás de una puerta. Los que están allí se reacomodan. “Ahí viene”, dice uno y vemos aparecer a dos cocineras con un carrito de metal. Adentro está nuestro alimento, que será llevado al comedor.

El comedor tiene cuatro mesas largas y sillas escolares. Esta noche hay fideos con carne, pan y una naranja de postre. Los cubiertos y los vasos son descartables, pero se nota que los usan más de una vez: mi vasito tiene mordidas y mi cuchillo muestra manchas de comidas anteriores.

Cuando terminé de cenar regresé al dormitorio y me acosté. Durante la noche me desperté algunas veces y escuché algunos gritos, risas, gemidos, murmullos y ronquidos.

DÍA DOS

6.30 AM

Entre los pabellones de hombres y mujeres no hay ninguna división, pero supuestamente está prohibido mezclarse en los dormitorios.

Me desperté muy temprano. Mi compañero de cuarto roncaba. Desde mi cama podía ver que él era un pibe morocho, de cara delgada y cutis afeitado al ras. Mientras permanezco en la cama, entra en el dormitorio una chica.

Ella no se llama Susana. Con una tonada local muy marcada me dice que la internaron allí cuando intentó suicidarse, luego de terminar la relación con su novio.

Mientras Susana intenta despertar al chico que duerme a mi lado, se pone a cebar unos mates y hablamos de las pastillitas que tomamos. Todos los pacientes son especialistas en lo que respecta a sicofármacos.

Cuando la chica enciende un cigarrillo, mi compañero de habitación abre sus ojos y le solicita que le convide uno.

Quien acaba de despertarse no se llama Diego y viene de un establecimiento penal. Diego me cuenta que lo detuvieron por amenazar a una persona con un arma y luego lo enviaron a dormir a este internado, a mi lado. Al comparar el hospital con su anterior paradero, mi compañero dijo que prefería su actual cama, porque “acá se puede culear y hacer de todo”.

Luego de tomar unos mates entró una enfermera y le pidió a Susana que se fuera, que no podía estar allí y se acabó nuestro desayuno.

10.30 AM

Camino por los pasillos del neuro y veo una puerta con un cartel que dice “CONTENCIÓN”. Me dirijo hacia allí, pero alguien me intercepta para pedirme un pucho.

Los puchos son el tesoro más valioso adentro del neuro. El humo en los pulmones hace que el tiempo pase un poco más rápido y calma la ansiedad provocada por el encierro y las pastillas. Nadie convida un cigarrillo a otro si éste último no lo merece o si quedan pocos en el atado.

Cuando se acaba el tabaco los internos le piden a alguno de los pacientes que tienen permiso médico para salir del internado, que cruce al frente del hospital y compre provisiones. Los afortunados utilizan una rama, una bombilla de mate o cualquier otro elemento que pueda cumplir la función de picaporte, para abrir la puerta hacia la libertad.

5.30 PM

Al finalizar el almuerzo, el tiempo volvió a detenerse. Entonces aproveché para recorrer con Matías lo que me quedaba por conocer del neuro.

Mientras caminamos por el patio, mi guía me dice que una vez él se resistió a tomar la medicación y un enfermero lo trató muy mal. Lo tiró al suelo para inyectarle un tranquilizante y le pisó la espalda para que se quedara quieto. El escenario de todo esto fue la sala de contención, lugar que conoceré ahora mismo.

En el neuro, la palabra contención es una amenaza latente. Vi que un médico la usó con un paciente que cantaba a los gritos. “Callate o te vas a contención”, le dijo el sano al loco.

Mientras camino con Matías pienso una vez más en Hollywood y las salas con paredes acolchonadas. También me imagino que cuando me acerque a la puerta de “CONTENCIÓN” aparecerá una persona despeinada con una camisa de fuerza, que me gritará o escupirá.

Estamos cada vez más cerca. Camino un poco más rápido para llegar. Ahora me arrimo con cautela. Por reflejo, tomo aire y aguanto la respiración. Comienzo a ver lo primero que la ventanilla de la puerta muestra. No hay paredes acolchonadas. La decepción me da más intriga. Sigo recorriendo con la vista y sólo encuentro un cuarto vacío. “Hoy a la mañana había una señora”, me dice Matías y me invita a que lo siga a la próxima sala de contención.

“Te dopan y quedás estúpido. Algunos se duermen y otros se quedan mirando a un punto fijo, sin poder moverse. Te cagás y meás encima”, me cuenta Matías, mientras avanzamos hacia el próximo cuarto.

Al llegar me quedo mirando confundido por la ventanita. Del otro lado hay una mujer gorda, sentada en un colchón, que mira hacia el punto fijo que me contaba Matías. Desde aquí puedo ver su espalda, parte de la cola y sus tetas. Está desnuda.

DÍA TRES

10.00 AM

Anoche me fui a dormir temprano porque hoy me voy.

Antes de internarme convenimos mi huida con Federico para este momento. Hace una hora que miro fijamente esa maldita puerta enrejada y sin picaporte. Veo gente que va y viene, y siento ganas de salir corriendo ¿como un loco?

-Lucero –grita una mujer muy flaca, muy ojuda y muy joven.

-¿Qué? –respondo sin mirar.

Es mi sicóloga. Hoy es mi primera entrevista con ella. Se presenta, pero no la escucho.

Vamos a su consultorio y me pregunta cómo estoy. Le hablo, pero me da la impresión de que no me escucha. Dice muchas veces “ajá, ajá” y mueve la cabeza como afirmando, mientras analiza los movimientos de mis manos. Cuando le comento que me quiero ir, me dice que por cuestiones burocráticas dispondrán de mi libertad hasta mañana. La entrevista finaliza rápidamente.

Al salir del consultorio sonrío por lo que veo: Federico está buscándome dentro del internado.

-¿Cómo hiciste para entrar? –le pregunto.

-Abrí la puerta con la llave del departamento de mi viejo.

A las 10.20 me fugué del neurosiquiátrico caminando despacio por la puerta principal. Lo que viví al cruzar la salida fue lo mismo que se siente al quitarse un gorro muy apretado de la cabeza.

Pasada la medianoche lo llamaron a Federico desde el hospital para avisarle que yo había huido. Tardaron 13 horas en darse cuenta de que les sobraba media dosis de Risperidona.

A fines del año 2010 se sancionaron las nuevas leyes de salud mental provincial y nacional. Ambas normas tienen como objeto tratar a las personas con padecimientos mentales como seres autónomos con derechos y mejorar las condiciones de vida dentro del hospital.

Pero en los pabellones no hay nuevas reglas. Adentro sólo hay enfermeros, doctores, internos, puertas sin picaporte, pasillos llenos de colchones, pocos puchos, sicofármacos y salas de contención.